

Una lectura pseudognóstica de Juan García Ponce

Por Juan Antonio ROSADO*

Jesús dijo "Si la carne llega a existir a causa del espíritu, es una maravilla. Pero si el espíritu llega a existir a causa del cuerpo, es una maravilla de las maravillas. Ciertamente, yo estoy maravillado de cómo esta gran riqueza ha construido su morada en esta pobreza".

Evangelio de Tomás, 29

JUAN GARCÍA PONCE (Mérida, 1932) atribuye a la Mujer como *Jotredad*, como misterio, un papel que no posee el hombre, quien es mucho más limitado. Al hacer de Ella una divinidad en que, como en el Arte, nos hallamos fuera de nosotros mismos —en éxtasis—, el autor rechaza la concepción de las religiones semíticas —judaísmo, cristianismo “oficial” e islam—, que sólo reconocen a un Dios masculino. Y si bien en el islam este Dios no puede representarse, los musulmanes no niegan que Allah es el mismo Dios del Antiguo Testamento, pues de allí lo tomó Mahoma. En la tradición judía y cristiana a Dios también se le llama “Rey”, “Señor”, “Amo” o “Juez”, epítetos masculinos. En la Trinidad cristiana dos de las personas son masculinas y la otra neutra (el Espíritu Santo, que corresponde al *pneuma* griego). No hay, pues, un Dios que comparta el poder con una mujer, como ocurre con los dioses de la India, que poseen su pareja femenina. En las tradiciones semíticas no hay ni siquiera símbolos femeninos. La Virgen María —cuyo *culto* aparece por el siglo IV en Asia Menor y se oficializa más o menos en el siglo XII— no sólo asciende en cuerpo y alma por un dogma del siglo XIX, sino que, además, nunca será superior (ni igual) al Padre. Para los cristianos nestorianos María no es

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM; autor de *En busca de lo absoluto* (Argentina, Ernesto Sábat y *El túnel*), México, UNAM, 2000; *El presidente y el caudillo: mito y realidad en dos novelas de la dictadura*, *La sombra del caudillo* y *El señor presidente* (México, Ediciones Coyoacán, 2001); *Bandidos, héroes y corruptos*, México, Ediciones Coyoacán, 2001, sobre literatura mexicana del siglo XIX; colaborador del *Diccionario de literatura mexicana* (UNAM, 2000). E-mail: jarzmx@yahoo.com.mx

madre de Dios, sino de su *naturaleza humana*, mientras que los coptos, a diferencia de los católicos — quienes consideran dos naturalezas en Cristo — afirman que Dios sólo puede tener naturaleza divina. María puede ser madre de Dios, pero *nunca* Diosa Madre.¹

A pesar de que hoy muchos teólogos afirmen que Dios carece de sexo, es difícil para un cristiano o un judío librarse de la imagen de un Dios masculino. La diosa, sea madre, virgen o prostituta, es excluida de las religiones semíticas. Al sacralizar al sexo femenino, al contemplarlo como un “misterio” y crear una mística con rituales eróticos a su alrededor, García Ponce poetiza a la Mujer y coincide con las tradiciones más antiguas, donde había diosas, culto a la fertilidad y símbolos femeninos, si bien el erotismo en la obra de García Ponce carece de utilidad y jamás está referido ni a la fertilidad ni a la salvación metafísica, sino a su representación en el Arte, que lo eterniza y así lo *salva* para la posteridad.

Más arriba me referí al cristianismo “oficial” porque fuera de éste no sólo hallamos a los coptos y a los nestorianos, no sólo a los cátaros o a los bogomiles, sino también a los gnósticos, que florecieron durante los primeros siglos de nuestra era y por tanto convivieron con el inicio del cristianismo y con los adeptos de un ciudadano romano, Saulo de Tarso (o san Pablo, quien sistematizó el cristianismo y lo predicó fuera de los círculos judíos). El gnosticismo — advierte Jean Doresse — armoniza con el impulso místico de su época, cuando otros cultos orientales, como el de Mitra, penetraron en Roma.² Sobre el origen del gnosticismo, con seguridad es iranio o mesopotámico y entra luego en contacto con el judaísmo y el cristianismo, aunque Ioan Couliano rechaza el influjo iranio: según él, bastan las elaboraciones preduialistas judías en contacto con el dualismo griego para rastrear las influencias del gnosticismo.

En *Una lectura pseudognóstica de Balthus* (1987), ensayo incluido también en *Imágenes y visiones* (1988), García Ponce muestra un conocimiento y una gran fascinación por el gnosticismo, aspecto en el que coincide con Henry Miller, para quien el periodo vivido por los gnósticos fue fascinante: “Si vivieran, yo sería un gnóstico”,³ dice Miller.

¹ Es un hecho que muchos de los primeros “padres de la iglesia” despreciaban a la mujer. San Agustín, uno de los precursores — por lo menos en teoría — de lo que, siglos después, formalmente, será la inquisición, llegó a referirse a la mujer como “la parte menor de la pareja”. A este respecto, véase Karlheinz Deschner, *Historia criminal del cristianismo*, tomo II, *La época patristica y la consolidación del primado de Roma*, Barcelona, Martínez Roca, 1991, p. 127.

² Véase Jean Doresse, *Les livres secrets des gnostiques d'Égypte*, Monaco, Éditions du Rocher, 1984, p. 12.

³ Citado por Huberto Batis en *Estética de lo obsceno*, México, UAEM, 1989, p. 81.

García Ponce demuestra también un conocimiento de la biblioteca de Nag Hammadi —llamada así por el lugar en que se descubrieron en 1945 y 1946 cincuenta y dos libros gnósticos en copto, cuarenta y uno de los cuales eran desconocidos— y de los máximos exponentes del gnosticismo, como los alejandrinos Basilides, Valentín y Carpócrates. Es interesante que uno de los autores leídos y traducidos por García Ponce, Pierre Klossowski, en *La vocación suspendida*, mencione a un tal Doctor Carpócrates, lo que seguramente implica un conocimiento de los gnósticos.

Pero, ¿por qué el autor de *Crónica de la intervención* (1982) hace una lectura pseudognóstica de un pintor del siglo xx (Balthus) —hermano, por cierto, de Pierre Klossowski— si se trata de posturas religiosas del principio de nuestra era? A esto responde García Ponce en una entrevista:

Yo no soy gnóstico ni Balthus tampoco; entonces es una mentira, un pretexto para convertir una mentira [...] en una verdad (que es la pintura de Balthus y mi crítica sobre esa pintura, pero nada más). Es usar una mentira como pretexto, todo es *pseudo* ahí, menos la escritura y menos los cuadros de Balthus. Yo no creo en Carpócrates ni en Valentín ni en Marción, los usé para hablar de Balthus, por eso es una lectura pseudognóstica.

En otro lugar afirma que partiendo de la historia de la religión y la pintura, convierte a Balthus en gnóstico. Estas respuestas nos remiten a la auténtica preocupación del autor: el Arte como “engaño”, que confunde verdad y mentira. Inventarle intenciones secretas a un artista es tarea de la imaginación: tarea literaria. Entonces asociar a García Ponce con el gnosticismo no resulta tan descabellado porque él propone una lectura (*su* lectura) pseudognóstica de Balthus. Si bien —como afirma el investigador español César Vidal Manzanares— más allá del siglo xix resultaría poco fundamentado argumentar la supervivencia del gnosticismo como tal, no así como una influencia en la literatura o en el arte, y en este sentido resulta ser la interpretación de García Ponce de algunos cuadros de Balthus. Por medio de una lectura pseudognóstica, el autor pretende colocar la pintura de Balthus “en el plano religioso que muchas veces nos sugiere, aunque no sea más que por una cierta complacencia en la representación del mal que forzosamente hace suponer la existencia de su contrario, con lo que al representar el mal haría aparecer igualmente la posibilidad del bien”. El escritor habla de la supervivencia subterránea de los gnósticos, que se manifiesta en la secta de los bogomiles o de los cátaros, que resucitan creencias gnósticas: “Las fuentes más evidentes del catarismo —afirma René Nelli— son

las gnosis judías y cristianas [...] El catarismo puede ser considerado como una gnosis, puesto que pretende liberar las almas gracias a un conocimiento total (sobre todo el del Bien y el del Mal)".⁴ De tal modo, García Ponce se cuestiona si las herejías gnósticas "no han dejado de contar con ocultos seguidores en el mundo del arte", entre los cuales coloca al mismo Dante, quien "como nos lo recuerda Borges [...] profesó una idolátrica adoración por Beatriz"⁵ y coloca en el "Paraíso" a un sospechoso de haber defendido teorías cátaras: Siger de Bravante. Esa adoración por la mujer es también la de Petrarca por Laura de Noves o la de don Quijote por Dulcinea. El mismo Vidal Manzanares, que tradujo del copto algunos textos gnósticos, reconoce elementos de estas sectas en Novalis, Nerval y Edgar Allan Poe. García Ponce reconoce un tema gnóstico en Novalis: el hecho de que la luz y la oscuridad se hayan enamorado y así hayan producido el mundo. Al referirse a Robert Musil, el yucateco concluye que la "ascesis" que el autor austriaco propone no es cristiana, sino que corresponde "a algunas de las enseñanzas gnósticas que esperaban liberar el alma haciendo que su contrario —el cuerpo— se entregara al mal".⁶ De igual forma, la concepción gnóstica del alma "también podría aplicársele a san Juan de la Cruz y, en general, a todos los místicos que eligen la llamada vía negativa o 'purgativa'",⁷ esa vía que implica la negación de la materia para alcanzar la liberación del alma. El escritor también se cuestiona si William Blake es otro heresiarca, y aplica de modo cabal su visión gnóstica a Pierre Klossowski, quien crea un ámbito en que se establece un "nuevo" gnosticismo: "un conocimiento intuitivo y misterioso de las cosas divinas, porque la forma de una nueva divinidad que sustituya a la antigua, de un dios que aparezca a partir de la muerte de Dios, es la única manera de hacer coherente el reconocimiento de la incoherencia como fundamento del sistema".⁸ Pero el sinsentido que implica la pérdida de centro no produce un sistema, sino sólo su *reconocimiento* en el Arte, la representación ordenadora del caos, que fija el movimiento del deseo para hacerlo trascender a todo aquel que participa —*voyeurista*— desde el exterior para interiorizarlo y actualizarlo. Contrario a san Juan, el Arte es amoral como la vida.

⁴ René Nelli, *Los cátaros. ¿herejía o democracia?*, México, Martínez Roca, 1989, pp. 67 y 68.

⁵ *Ibid.*, p. 4.

⁶ *Las huellas de la voz*, México, Coma, 1982, p. 504.

⁷ *Ibid.*, p. 515.

⁸ *Teología y pornografía Pierre Klossowski en su obra una descripción*, México, Era, 1975, p. 113.

El conocimiento, para García Ponce, pervierte para luego hacerlos retomar a la inocencia. Esta postura está implícita en el gnosticismo: el hombre debe recuperar lo que perdió a través de aquello por lo que lo perdió, aunque nunca haya sido su culpa. La actitud del *voyeur* —que conoce y por ello ve— nunca puede ser inocente, como no lo es el ensayista que descubre lo que está detrás de la obra. Lo que explícitamente pretende el autor yucateco en su libro sobre Balthus es “encontrar al arte que ilustre los mitos gnósticos que nunca pudieron hacerse visibles mediante este recurso”.⁹ Es por esto que, independientemente de que los actuales “seguidores” del gnosticismo —si los hay— sean charlatanes y de que el influjo de estas sectas no haya podido mantenerse después del siglo XIX, considero factible —ya que nada procede de la nada y el mismo García Ponce es adepto a las coincidencias y a las analogías— hallar en una parte de su obra *elementos* del gnosticismo. El arte es amoral; no es su pretensión ser una forma de conocimiento, sino proponer una imagen del hombre a través del cuerpo y el lenguaje. La lectura es acto creativo por medio del cual penetramos en esa imagen. No sólo Blake, Balthus, Klossowski, Musil, san Juan de la Cruz y Borges han sido leídos por García Ponce desde una visión pseudognóstica, sino también un escritor católico como José Lezama Lima, quien, pese a su fideísmo, para el yucateco hubiese sido —en épocas de Domingo de Guzmán— quemado junto con los cátaros, ya que el poeta cubano no sólo edifica un “sistema poético” como fundamento del mundo, sino que, como los gnósticos, se acerca a ese demiurgo maligno que creó la materia y a quien había que hacer desaparecer para ingresar al espíritu. García Ponce ve a Lezama como a un autor que cree en la carne y la hace actuar para llevar a ésta el espíritu, y no al revés. También Borges, a los ojos del yucateco, es gnóstico, pues el argentino “nos propone como válida la suposición gnóstica de que el universo entero es el malvado y erróneo producto del intento de creación de un demiurgo menor”.¹⁰ Ese demiurgo propone falsos absolutos, pues lo absoluto es imposible, un imposible que sólo se posibilita en su negación a través del Arte.

Es inevitable pensar que en una buena parte de sus ensayos García Ponce —como el gran artista que es— recurre a muchos subterfugios (engaños y trucos) para acomodar las obras que lee u observa a su propia visión y obsesiones, pero también es inevitable admitir que esas obras se prestan a ello, admiten esa visión y esas obsesiones porque la ambigüedad, la polisemia son componentes del vasto terreno del arte

⁹ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, p. 30.

¹⁰ *La errancia sin fin* Musil Borges, Klossowski, Barcelona, Anagrama, 1981, p. 28

como acto creativo, poético. Para el escritor que nos ocupa, “todo el arte tiene algo de profanante y herético”,¹¹ como lo tiene Fray Alberto en *Crónica de la intervención*, quien advierte la decadencia de la Iglesia y no duda en que ésta pueda desaparecer, pero a la vez posee un anhelo lleno de esperanza por los orígenes:

Si la Iglesia va a desaparecer, hay que volver al principio. Aparte de pensarlo, he estado leyendo mucho sobre ello. ¿Seríamos capaces de vivir, por ejemplo, en un ambiente que permitiera la creación de nuevas sectas gnósticas? En tu sociedad industrial, esa sola idea resulta grotesca, José Ignacio. Sin embargo [...] mira a María Inés. La presencia de lo sagrado. El que puede decir eso en serio, como yo lo digo, está loco y Dios siempre ha hablado por boca de los locos.¹²

Fray Alberto hace un breve recuento de la historia del cristianismo y alude a la figura de Simón el Mago y su amante Helena. Por todo lo anterior, descubriremos *elementos* de una propuesta considerada como *heterodoxa*, como postura esotérica y, por tanto, aunque pretenda el acceso a una liberación, es transgresora de un orden dirigido a la generalidad. En efecto, muchas categorías o conceptos gnósticos e incluso tántricos —postura también heterodoxa y transgresora con respecto del hinduismo— aplicados a la obra narrativa de García Ponce nos harían profundizar más en el plano sagrado, místico, religioso que esta obra no sólo sugiere o hace implícito, sino que llega a explicitar.

En su libro sobre Balthus, García Ponce, “mero aficionado a los misterios divinos”, se refiere a algo en lo que generalmente coinciden todas las sectas gnósticas: el mundo es malo porque es corruptible; es un engaño, pura apariencia. Según los gnósticos, esto se debe a que el creador era un demiurgo perverso y por ello le dio vida a una creación malvada. Quizá Basilides basaba su doctrina en el concepto de *antimimonpneuma* o “espíritu falsificador”, que obstaculiza la no reencarnación, meta suprema de la gnosis. Nadie puede desembarazarse de ese falsificador antes de haber obtenido la gnosis. Los nicolaitas o seguidores de Nicolás hablan de la Madre Celeste —Barbelo— como un poder superior emanado del Espíritu Supremo. Barbelo, la Unidad, engendró a un demiurgo malvado, creador del mundo: Sabaoth, el mal, la pluralidad. Entonces la Madre Celeste tuvo que seducir a los cielos inferiores para despojarlos de partículas de luz. Por ello a la Madre Celes-

¹¹ Lelia Driben y Dominique Legrand, “Juan García Ponce: ‘soy la tautología viviente’”, *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 8 de mayo de 1982, p. 11

¹² *Crónica de la intervención*, vol. II, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (*Lecturas Mexicanas*), p. 87.

te también se le llama *Prounikos* (lasciva). Para otros gnósticos ese demiurgo malvado es el Yahvéh del Antiguo Testamento. El alma humana (originalmente una partícula de luz) ha sido aprisionada en la materia. En el Evangelio de Tomás, Jesús afirma: “Si os dicen, ‘¿De dónde venís?’, decidles, ‘Venimos de la luz, del lugar donde la luz se originó por su propio *deseo* y se estableció y se manifestó a través de su imagen’”.¹³ En el “mito” de García Ponce expresado en *Crónica*, es la “torre del deseo” la que pone “la luz del espíritu en la oscuridad de la materia” y aspira a encontrar la *unidad*. Tanto para García Ponce como para los gnósticos hay *discontinuidad* en la materia. El espíritu es la misma trascendencia, la luz, mientras que el mundo sensible —la materia— es lo oscuro, lo corruptible. Por ello Jesús, en el Evangelio de Tomás, le dice a Salomé, su discípula, que lo Indivisible “se llenará de luz” y lo dividido “se verá lleno de oscuridad”. Siguiendo con el “mito” de García Ponce, es, sin embargo, el mismo carácter interminable del *deseo* lo que “produce la dispersión, la multiplicación” y la muerte, es decir, la división, que es apariencia. Pero, como se dice en el Evangelio de la Verdad, cuando la forma *no es aparente* se desvanecerá en la “fusión de la Unidad”:

Dentro de la Unidad cada uno llegará a sí mismo; dentro del conocimiento se purificará a sí mismo de la multiplicidad para entrar en la Unidad consumiendo la materia que hay en su interior como fuego, y (consumiendo) la oscuridad con la luz y la muerte con la vida.¹⁴

El pleroma (plenitud o perfección, formado por las entidades puras de luz o “eones”) carece de deficiencia. En García Ponce, sólo el *éxtasis* que produce el Arte (o el orgasmo) puede atrapar a la multiplicidad, a ese mundo corroído por el tiempo, y convertirlo en Unidad, de ahí que el autor de *Crónica* asuma la respuesta de Ulrich a su prima Diotima en *El hombre sin cualidades*: “abolir la realidad”, sólo así se liberaría el espíritu. Afirma Ulrich que lo que quiso decir con eso fue que es necesario “enseñorearse nuevamente de la irrealidad; la realidad no tiene ya sentido”. Para el autor yucateco, la respuesta de Ulrich es “digna de un gnóstico de los primeros años del cristianismo”.¹⁵ Al quedar abolida la realidad, desaparece la procreación y se extingue esta creación engañosa. Pero Ulrich también propone que el espíritu y el

¹³ Evangelio de Tomás, 50, en César Vidal Manzanares, *Los Evangelios gnósticos*, México, Roca, 1992, p. 71.

¹⁴ Evangelio de la Verdad, en *ibid.*, p. 112.

¹⁵ *La errancia sin fin*, p. 15.

bien no pueden existir sin el auxilio del mal y la materia. Para García Ponce lo importante es liberar el espíritu en el Arte —que es, finalmente, materia— y así queda abolida la realidad contingente, pero a la vez fija en la representación. La creación artística busca la “pura espiritualidad dentro de una temporalidad que lo obliga a manifestarse como un *objeto material*”.¹⁶ No es que García Ponce niegue la vida ni la materia en nombre del espíritu —su *poética* es vitalista—, sino que *entrega* la vida al espíritu a través del Arte para que se manifieste. Por ello, para él entender es revelar “la presencia del espíritu en la materia”, y por ello, también afirma que las apariencias de la realidad nos muestran más claramente su mentira cuanto mejor las representamos: “Nuestra seducción ante esas apariencias es el engaño mediante el que quiere guardarnos en su seno la materia, impidiéndonos ascender hasta la inmaterial pureza de la luz del espíritu [...] Hay que denunciar ese engaño”.¹⁷

Ésa es precisamente su interpretación de Musil, quien, al igual que los poetas místicos, hace que la realidad material se convierta en metáfora y en el marco en que se produce la transformación de los personajes, mediante la cual la materia desaparece en el “transporte espiritual de los amantes”. Si, según García Ponce, el poema *Canto a un dios mineral*, de Jorge Cuesta, representa el romance de la materia y el espíritu y su *separación* definitiva, para el autor de *Crónica* el Arte debe convertir en espíritu la materia; el Arte *engaña* al engaño de la creación: “La materia jamás es pura. El espíritu no tiene forma. La intervención del artista pretende trastocar estos dos principios. O quizá hacerlos evidentes mediante su inversión”,¹⁸ es decir, convirtiendo en espíritu a la materia, a la realidad, que para el autor yucateco *niega* el espíritu, por lo que la obra artística representa la “única realidad posible” mediante la cual el autor afirma el mundo al negarlo. “La oscuridad es el principio, es el origen —dice el escritor en un ensayo sobre Thomas Mann—, la tarea del hombre es llevar esa oscuridad hacia la luz”.¹⁹ La vida está asociada con lo *monstruoso* porque no obedece a ninguna regla y está únicamente sometida a su propia energía. Al hablar del poder de la imagen, García Ponce concluye que ésta “espiritualiza la materia y le da materia al espíritu”.²⁰ En el terreno del arte la luz es precisamente la forma que se alimenta “de la oscuridad de la vida”. Para acceder al espíritu se debe partir de lo monstruoso, traicionar,

¹⁶ *Las formas de la imaginación: Vicente Rojo en su pintura*, México, FCE, 1992, p. 60.

¹⁷ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, pp. 14 y 17.

¹⁸ *Ibid.*, p. 35.

¹⁹ *Las huellas de la voz*, p. 354.

²⁰ *La aparición de lo invisible*, México, Siglo XXI, 1968, p. 101.

negar la vida al iluminarla, apreciación que es posible encontrar, con otros términos, en Heidegger, quien declara que en el arte “se alumbra el ser que se auto-oculta. La luz de esta clase pone su brillo en la obra. El brillo puesto en la obra es lo bello. La belleza es un modo de ser la verdad”:²¹ lo existente se hace “más ente”.

Juan García Ponce identifica al artista con el demiurgo perverso, que produce un “engaño”: la literatura es “la única verdad a nuestro alcance, pero todo lo contamina de falsedad”.²² Podría argumentarse que el artista no es demiurgo porque propiamente no crea, sino que realiza simulacros, imita, de alguna manera —aunque lo transforme con su imaginación— lo ya existente. Pero en este sentido ningún dios, ni siquiera el del Antiguo Testamento, sería demiurgo, pues en todos los casos ya había algo. Si Dios creó al mundo de la nada, se toma, necesariamente, a la nada como a un *algo*, pues ya estaba Dios allí, y si sólo estaba Él, entonces creó a partir de sí (de algo) ¿a su imagen y semejanza, es decir, simulacros de sí mismo? Dejemos las contradicciones de la teología y consideremos al artista como demiurgo menor en tanto creador.

La literatura erótica, por su parte, *puede* excitar al lector: la responsabilidad o la perversión no está en la obra, a pesar de que la realidad y el deseo, la fantasía y la verdad estén mezcladas o confundidas, sino que la perversión la pone el *voyeur* y tal vez también el mismo creador: “Lo que es malvado es el hecho mismo de la creación —dice García Ponce—, la obra puede ser ajena o pretenderse a sí misma ajena a cualquier intención moral; pero su sola existencia abre la posibilidad del mal”.²³ El artista provoca la aparición de un *engaño* y es “obligación” de los “servidores del espíritu” denunciarlo con el conocimiento (*gnosis*). No es extraño que el ex novicio Pierre Klossowski haya concebido al artista como un “falso profeta” que enseña el espectáculo de la vida, ni tampoco que en su novela *El Baphomet* aparezca asociada la creación a la imperfección: “soplo creado y por tanto imperfecto”.²⁴

Para los gnósticos la consecución de la Unidad es *ajena* a toda moral, pues la creación es por sí misma mala. No existe, pues, el pecado. El Jesús de los gnósticos —confirma Elaine Pagels— habla de ilusión y de iluminación, pero no de pecado ni de arrepentimiento.²⁵ Es

²¹ *Arte y poesía*, trad. y prólogo de Samuel Ramos, México, FCE, 1997, p. 90.

²² *La errancia sin fin*, p. 31.

²³ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, p. 33.

²⁴ *El Baphomet*, trad. de Juan García Ponce, Valencia, Pre-Textos, 1980, p. 51.

²⁵ *Los Evangelios gnósticos*, trad. Jordi Beltrán, México, Crítica, 1988, p. 19.

por medio de un conocimiento secreto y por las *experiencias extáticas* como podremos apartarnos de la corruptibilidad del tiempo y de la materia.

El ser humano, al tener conflictos con los deseos del tenebroso demiurgo, fue expulsado del Paraíso, de la Unidad, expulsión que entonces no se debió a ningún *pecado* cometido por el hombre ni por la mujer. El pecado, en su sentido judeocristiano, es excluido por los gnósticos. Como carece de pecado original, el humano no tiene que reconciliarse con el Creador, sino denunciarlo y si acaso combatirlo, ya que el conocimiento nos ha revelado que esta creación es un “engaño” que, a diferencia del Arte, es corruptible, cambiante. De ahí también la inutilidad de un Redentor. El Cristo gnóstico, en contraste con el de san Pablo, no era terreno ni tenía cuerpo. Esto lo asemeja al de los templarios del siglo XII, para quienes el Salvador sólo encarnó, murió y resucitó en *apariencia*, de ahí que uno de sus ritos haya sido escupir la cruz. En *La errancia sin fin*, García Ponce cita pasajes de dos textos gnósticos: el *Apocalipsis de Pedro* y el *Segundo tratado del Gran Seth*, así como a una cántara, Raymonde Bézerza, supliciada en el siglo XIII. Las tres fuentes coinciden en que el hombre a quien crucificaron no era Dios. Ni templarios ni gnósticos creen en la realidad del cuerpo, cosa que no los excluye de la fascinación ni del rechazo por aquél, es decir de una relación ambigua con la carne. En esto García Ponce se aparta de ambas sectas, pues él no sólo no rechaza el cuerpo, sino que lo afirma en su placer.

Para los gnósticos, dice Vidal Manzanares, el hombre debe liberarse de una “situación material y tenebrosa que lo aprisiona”.²⁶ A los gnósticos no les interesaba el mundo y por tanto no adoptaron la moral judeocristiana, ya que, al estar aprisionado en la materia, el ser humano *no es culpable ni puede ser responsable de su conducta*. La ética carece de importancia: lo esencial es trascender la materia para elevarse espiritualmente con un conocimiento al que sólo puede acceder una minoría. De ahí la gran importancia que los gnósticos le concedieron a las *experiencias extáticas*, mientras que san Pablo se la daba a la fe en Cristo, a la ética, al *amor al prójimo*. Y si bien los gnósticos no beneficiaron al mundo por considerarlo deficiente, tampoco persiguieron ni aniquilaron a sus enemigos: su actitud era tolerante, a diferencia de la de los cristianos paulinos, que aniquilarían herejes en nombre del Señor y, adoptando el espíritu judío, excluirían definitivamente a la *mujer* y a lo *femenino*, cosa que en general no hicieron los gnósticos. Para

²⁶ César Vidal Manzanares, “Prefacio” a *Los evangelios gnósticos*, p. 20.

san Pablo la creación no es mala, sino buena. La culpa de la corrupción del mundo se debe a la *caída* de Adán y Eva, al pecado original: Eva fue tentada por la serpiente y la mujer, a su vez, tentó a Adán. La secta de los ofitas —afirma Jean Doresse en *Les livres secrets des gnostiques d'Égypte*— veneró a la serpiente precisamente por ser causa de la *gnosis* entre los humanos. La serpiente “pervirtió” a nuestros antepasados, los apartó de la inocencia. Cuando García Ponce hace decir a Eduardo, el protagonista de *El libro*, que “enseñar es pervertir”, es justamente en este sentido: “El *conocimiento* —afirma García Ponce— trae consigo una visión de las cosas que generalmente cambia su sentido natural en la mala dirección de la palabra [...] hay una inocencia natural, una inocencia de los orígenes que se destruye con toda forma de conocimiento”, por lo que “la perversión, en última instancia no sería algo negativo sino positivo, mediante la cual se alimentan las fuerzas vitales”,²⁷ pero, como el protagonista de *El libro* sugiere, el conocimiento, si es grande, mediante su propio poder nos *devuelve* la inocencia. Por ello los *gnósticos* buscan la salvación en el conocimiento y no en la ignorancia. Asumiendo una voz “gnóstica”, se pregunta García Ponce:

¿Al tentar a Adán y Eva nos ha puesto en verdad esa serpiente bienhechora en el camino del conocimiento? ¿Por el hecho mismo de ser una mujer, naturalmente opuesta al dios puramente masculino de la religión monoteísta, tiene Eva una relación secreta con esa serpiente y es una mujer semejante a la Helena de Simón el Mago o a la Pistis Sofia de Valentín y de tantos otros heresiarcas gnósticos?²⁸

La mayoría de los gnósticos no tenían conflicto con la mujer y hasta tuvieron sacerdotisas y mujeres profetas; había sectas que le conferían a la mujer un papel fundamental, como ocurre en el Evangelio de Felipe, donde Jesús besa en la boca a María Magdalena y la prefiere sobre el resto de sus discípulos, quienes se ponen celosos. La penetración de los gnósticos en ámbitos femeninos está comprobada. El obispo Ireneo comenta, desanimado, que las mujeres se sienten atraídas hacia los grupos herejes. Sin embargo, había otras sectas que más bien se aliaron con una tradición masculinizante. A esta última tendencia podría pertenecer el siguiente pasaje del Evangelio de Tomás. Simón Pedro quiere excluir a María, pero

²⁷ Elena Poniatowska, “Uno escribe porque quiere encarnar: Juan García Ponce”, *Novedades*, México, 3 de mayo de 1978, p. 6.

²⁸ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, p. 6.

Jesús dijo “Yo mismo la guiaré para convertirla en varón de manera que ella también se convierta en un espíritu viviente semejante a vosotros los varones. Porque toda mujer que se haga a sí misma varón entrará en el Reino de los Cielos”.²⁹

Vidal Manzanares interpreta este pasaje como manifestación del papel igualitario que se otorgaba a la mujer: “El papel, más o menos igual al del varón, fue mantenido en algunos círculos gnósticos”.³⁰ En cambio, para Elaine Pagels el pasaje sugiere “que los hombres forman el cuerpo legítimo de la comunidad, mientras que a las mujeres se les permite participar solamente cuando se asimilan a los hombres”.³¹ Pero, como afirma la misma Pagels, la interpretación puede ser simbólica y no literal: “lo que es meramente humano (por ende *femenino*) debe transformarse en lo divino (el ‘espíritu viviente’, el *varón*)”. García Ponce invierte la valoración: es el hombre y la mujer los que deben hacerse *Mujer*: ella es la *otredad*, el “otro lado”. Este proceso de cambio se inicia con la contemplación como la entiende el Evangelio de Felipe: “tú viste algo de ese lugar y te convertiste en aquellas cosas. Viste al Espíritu y te convertiste en Espíritu. Viste a Cristo, te convertiste en Cristo. Viste (al Padre), llegarás a convertirte en el Padre”.³² El *yo* es susceptible de transformarse en lo que contempla, como el *yo* que se vuelve *Mujer*, tal como lo expresan dos personajes de García Ponce: Gilberto (en *De anima*) y María Inés (en *Crónica de la intervención*).

El *corpus* total de los libros gnósticos es muy heterogéneo como para reducirlo a una postura. Algunos textos describen a Dios de modo ambivalente, con elementos masculinos y femeninos. Lo importante es que las fuentes gnósticas utilizan con frecuencia el simbolismo sexual para referirse a Dios y, de tal modo, podría haber influjo de las tradiciones paganas que contemplaban a la Diosa Madre. En el Evangelio de Felipe se hace referencia a los misterios del matrimonio, que consagra al sexo e incluso lo sublima al grado de asociarlo con la redención: “‘El Santo de los Santos’ es la cámara nupcial [...] la redención (tiene lugar) en la cámara nupcial”.³³ Un texto como este pudo conducir a realizar actos sexuales con fines metafísicos, como una vuelta al pleroma, patente en el autoconocimiento. La vuelta al pleroma incluye la unión de los contrarios (hombre y mujer).

²⁹ Evangelio de Tomás, 114, en Vidal Manzanares, *Los evangelios gnósticos*, p. 79.

³⁰ Vidal Manzanares, nota 75 al Evangelio de Tomás, *ibid.*, p. 83.

³¹ Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, p. 92.

³² Evangelio de Felipe, en Vidal Manzanares, *Los evangelios gnósticos*, pp. 145 y 146.

³³ *Ibid.*, p. 151.

A pesar de que hubo gnósticos que excluyeron a la mujer, como cristianos ortodoxos que la aceptaron —por ejemplo, Clemente de Alejandría—, la actitud general fue la contraria. Esto puede comprobarse en el contenido de los textos y por el hecho de que existieron maestras gnósticas como Marcelina, alumna de Carpócrates, cuyo grupo decía haber recibido enseñanzas secretas de María, Salomé y Marta, discípulas de Cristo. Existió también un círculo profético que honraba a sus fundadoras: Prisca y Maximilla. Los valentinianos consideraban iguales a los hombres y a las mujeres, quienes podían llegar a ser profetas. Lo mismo ocurría en los grupos de Marción y Marco, entre otros. Y es que muchas sectas gnósticas consideraron que fue precisamente la Madre —la Sabiduría— quien le dio energía al demiurgo para crear al universo, pero que este malvado ignoró a su Madre y actuó con necesidad. Para comprobarlo, los gnósticos citan pasajes en los que Yahvéh se autodenomina “Dios celoso” y el único Dios.

Simón el Mago, al parecer precursor de los gnósticos (si no es que el primer gnóstico), encontró a la *manifestación de la Sabiduría* y de la *Madre* en la figura de una prostituta. Simón, quien se presentaba como el Gran Poder descendido de los cielos, compró a una esclava sumisa, Helena, quien trabajaba en un burdel de Tiro y a quien hizo su compañera identificándola como el *Primer Pensamiento de su Espíritu* y como la *Madre de todas las cosas*. Por si fuera poco, según Simón esta Helena fue también la que causó la guerra de Troya, pero por metempsicosis (transmigración) su alma pasó de cuerpo en cuerpo seduciendo hombres en cada nueva encarnación hasta que tomó la forma de una prostituta. La doctrina de Simón enseñaba que se debe tener comercio sexual desmesuradamente, pues en esto consiste el “amor perfecto”: fornicar es, para Simón, luchar contra el desorden del mundo y restablecer con el deseo sus derechos primordiales. Parece que alrededor de Helena y Simón —dice Jean Doresse— se congregaron muchas parejas y todos vivían en unión libre.

Pero todas las imágenes femeninas de Dios fueron desapareciendo paulatinamente en el seno del cristianismo ortodoxo, a pesar de que las sectas gnósticas continuaron viviendo secretamente, tal como lo demuestran los testimonios de Epifanio, muerto en 403 y a quien unas mujeres muy bellas, pero cuyas almas adúlteras estaban “deformes”, trataron de seducir para incorporarlo en su círculo y así salvarlo: “Epifanio —comenta Ioan Couliano— confiesa que sólo la voluntad divina lo salvó de las tentaciones de aquellas jóvenes diabólicamente bien formadas y no desprovistas de inteligencia que querían salvarlo de

las garras del Arconte, el demiurgo malvado de este mundo”.³⁴ También se conservan los testimonios del obispo egipcio Juan de Parallos (siglo VI) y del sirio Teodoro Bar-Konaï (finales del siglo VIII), sin contar la resurrección bogomil en Bulgaria (siglos IX y X) y la de los cátaros en Francia (siglos XII y XIII).

Por otro lado, Juan García Ponce adopta la división de las sectas gnósticas en *ascéticas* y *libertinas*, distinción que se mantendrá de forma relativa en el catarismo, pues los cátaros mantuvieron dos posturas: los “creyentes” podían incluso llegar al libertinaje y no consideraban el amor como un pecado; mientras que los “perfectos”, en cambio, mantenían un ascetismo riguroso. Ellos también estaban contra el orden establecido y creían que no fue el Dios puro y bueno el que creó al mundo, sino que Lucifer era su organizador y su creador parcial; además, deseaban regresar a un cristianismo primitivo, pero, como los gnósticos, consideraban la humanidad física de Cristo como algo ilusorio.

En cuanto a las sectas gnósticas, destacan, entre las “ascéticas”, las maniqueas o los mandeos —que aún existen en Iraq e Irán y cuyo nombre proviene de *manda* (conocimiento, *gnosis*)—, quienes practicaban un ascetismo riguroso. Pero había otras sectas —las “libertinas”— que justificaban sus orgías —dice Vidal Manzanares— “con el argumento de que no se podía juzgar, y mucho menos condenar, lo que hacía el miserable cuerpo material cuando lo importante era el espíritu”.³⁵ Un ejemplo de esto son los barbelognósticos, que le rendían culto a la ya mencionada Barbelo como los personajes de García Ponce le rinden culto a la Mujer. Epifanio describe uno de los rituales dedicados a Barbelo como una orgía heterosexual donde se llevaba a cabo, como una ascesis, el coito interrumpido y se comulgaba con el esperma derramado. Incluso se llegó a practicar la fetofagia cuando alguna mujer —por error o azar— quedaba embarazada. El hecho de comulgar con esperma tiene lógica si pensamos que ya Galeno en Grecia asoció el esperma con el *pneuma* formado en el cerebro: el espíritu que trata de huir del cuerpo y se escapa con la eyaculación. Los gnósticos concebían al *pneuma* como rocío, aspersión, aroma, perfume o impregnación de luz. Otra secta libertina, los fibionitas, llegó a consagrar sus uniones sexuales sucesivamente a 365 poderes diferentes para provocar la ascensión espiritual; en caso de embarazo, practicaban el aborto, pues la pretensión era *no engendrar más materia*:

³⁴ Ioan P. Couliano, *Experiencias del éxtasis*, prefacio de Mircea Eliade, Barcelona, Paidós, 1994, p. 128.

³⁵ Vidal Manzanares, “Prefacio” a *Los evangelios gnósticos*, p. 21.

Los varones —dice Couliano— escogían pareja entre las adeptas de la secta y tenían que practicar 365 veces el *coitus reservatus* para marcar las 365 etapas de la ascensión celeste, y 365 veces más para descender de nuevo a la tierra.³⁶

Para lograr tal proeza, evidentemente, había técnicas cuyo objetivo era retener el semen. Basilides, uno de los maestros gnósticos mencionados por García Ponce, asegura que la liberación es sólo del alma y por ello lo que se haga con el cuerpo (incluyendo la lujuria) es *éticamente indiferente*, tesis también sostenida en la novela de Klossowski *Roberte esta noche*, por Víctor, para quien el gesto de Roberte de desinterés hacia el cuerpo demuestra que ella cree más en el espíritu. También los templarios, representados en *El Baphomet* de Klossowski, consideraban que el cuerpo carecía de importancia, de ahí su atracción por los adolescentes y la sodomía implícita en el consejo: “Cuidate del beso de los Templarios”. Pero en vez del puro espiritualismo de los gnósticos, Klossowski propone, a decir de García Ponce, un nuevo conocimiento gnóstico, del que también sólo participan los iniciados, y es la doctrina del “Anticristo” Friedrich Nietzsche: el Eterno Retorno, que se asocia a las obsesivas representaciones artísticas.

Al ver el mal e incluso una “incitación al libertinaje”, una *aparente* inocencia detrás de la cual se oculta el mal y por lo tanto una inocencia “perversa”; al percibir un carácter “iniciático” en muchas de las pinturas abiertamente “malditas”, perversas o libertinas” de Balthus, García Ponce las asocia a un (pseudo)gnosticismo libertino. Al analizar lo que ocurre en el “presente perpetuo” del cuadro *Lección de guitarra*, el escritor revela un rito de iniciación “cuyo carácter es extremadamente erótico en su suprema crueldad y la absoluta concentración en sus sensaciones de las dos oficiantes”.³⁷ Esto nos recuerda al ritual iniciático de Inmaculada en la casa de muñecas, donde se pone en relieve la inocencia de la infancia, tema al que tanto el Evangelio canónico como muchos textos gnósticos le dan una gran importancia. En *Inmaculada o los placeres de la inocencia* (1989) es Carmen la que inicia a su hermana Inmaculada en el rito de la casa de muñecas: “le enseñó a entrar inclinándose y la ayudó a acomodar las muñecas junto a las suyas”, acto que después repite con Joaquina: “Enseguida, Inmaculada llevó a esa casa a Joaquina. Allí Inmaculada y Joaquina jugaban con las muñecas hasta que era imposible ver en la improvisada casa semioscura en la que ninguna ventana permitía la entrada de luz”,³⁸ lo que implica

³⁶ Couliano, *Experiencias del éxtasis*, p. 129.

³⁷ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, p. 11.

³⁸ *Inmaculada o los placeres de la inocencia*, México, FCE, 1995, p. 19.

nuevamente el carácter secreto del rito. Es Joaquina (la maestra, en este caso), la que inicia a Inmaculada en la sexualidad, al sugerirle que ella se desnudará “igual que la muñeca, para ser otra muñeca”: se convierte en objeto, en víctima. Si en *Crónica* y en *De anima* nos enfrentamos a personajes fundamentalmente adultos, en *Inmaculada* es importante el aprendizaje, el conocimiento, la *gnosis* que la protagonista va adquiriendo al abrirse al exterior desde su infancia. Entre sus primeros conocimientos está el hecho de que su madre en realidad es su madrastra, lo que la aleja de la inocencia para luego recuperarla mediante sus sucesivas pérdidas en los ritos iniciáticos que no son sino una iniciación en la vida y en sus placeres. El paulatino aprendizaje se manifiesta a lo largo de este *Bildungsroman*.

Volviendo al cuadro de Balthus, la alumna de guitarra se ha convertido en instrumento de la maestra y en su rostro se mezclan el placer y el dolor, al mismo tiempo que “¡las calcetas blancas que terminan bajo sus rodillas y las zapatillas de la niña son tan inocentes!”.³⁹ Para el autor yucateco, la *intención* de Balthus es manifestación del mal, mientras que la mujer representada es inocente. La maestra en *Lección de guitarra* es la oficiante de una “misa”, de un rito que evoca un “sacrificio” donde, al invertirse los valores, se provoca una forma de elevación. Agrega el escritor que *Lección de guitarra* puede ser considerado “como una digna ilustración de algunas de las ceremonias de las sectas gnósticas libertinas. Se nos estaría abriendo el secreto de esa humillación del cuerpo a través de la entrega al placer que debe conducir a la liberación del alma o a mostrar el culto al orgasmo que, según Carpócrates, es un liberador de la ‘luz celeste’”.⁴⁰ El orgasmo es el fin último de la contemplación. Las mujeres de las pinturas de Balthus son conductoras del deseo, del desorden, de la orgía, pero entendidos en el terreno de lo sagrado, pues “el alma castiga al cuerpo destruyendo su individualidad, su ‘identidad consciente’, en el placer”.⁴¹ La condena del cuerpo y del mundo material, en que siempre está presente el mal, se hace más atractiva que su aceptación y respeto. El arte —en este caso la pintura de Balthus— se convierte en un ritual mediante el cual se exhiben los cuerpos como una ofrenda: “Al ofrecer los cuerpos a la contemplación, como la vida, el arte inicia esa cadena que sólo puede terminar, si quiere dársele un fin positivo, en el orgasmo mediante el que Carpócrates buscaba liberar la ‘luz celeste’”. En García

³⁹ *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, p. 11.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 26.

⁴¹ *Ibid.*, p. 35.

Ponce el pleroma no se manifiesta de forma simbólica, sino a través del éxtasis, del orgasmo. Pero el pleroma es también producto de la contemplación estética. Belleza y Unidad, cuerpo y orgasmo intervienen en el mismo fenómeno. Cuando Inmaculada ve un sátiro en un libro de “sonetos y dibujos galantes”, se excita por lo anormal de la figura. Ernesto Mercado le explica: “El poemacuenta cómo Eros [...] conduce a la ninfa por los bosques oscuros y los senderos abiertos y hace que se deje hacer lo que ves por el sátiro. Dice el poema que ella se viene, lo cual es un triunfo para Eros”.⁴² Hay un culto al orgasmo.

En *Crónica* María Inés vive un papel —pasivo al principio— de esposa y madre, pero luego se hace como Mariana, se convierte en *otra*, en lo “Abierto”. No deja de ser interesante que en la novela se compare a la triple personalidad del Dios cristiano (la Santísima Trinidad) con Mariana. A este respecto, debemos advertir que algunas sectas gnósticas conocieron *otra* versión de la Trinidad, aparecida, por ejemplo, en el *Apocrifón de Juan*: Dios como Padre, Madre e Hijo. La Trinidad “oficial”, en cambio, exige que la tercera persona (*pneuma* o Espíritu) sea asexual. Pero, como aclara Elaine Pagels en *Los evangelios gnósticos*, el autor del *Apocrifón* no llevaba en mente el término neutro griego (*pneuma*), sino el hebreo *ruah* (Espíritu), de género femenino que, por consiguiente, tiene que ser la Madre virginal, pura, *perfecta*, que existía antes de todas las cosas. Para Valentín, Dios es indescriptible: es Padre (Inefable y Profundo) y Madre de Todo (Gracia, Silencio, Vientre). Esta trinidad (Padre, Madre e Hijo) aparece también en el Evangelio de los Egipcios, texto teológico de la secta gnóstica de los sethitas. Para el autor del Evangelio de Felipe el Espíritu Santo también *es* Mujer.

En el misterio de la Trinidad se realiza la hipóstasis: tres personas en una. Independientemente del sentido de “hipóstasis” como “verdadera realidad” frente a las apariencias, Klossowski toma el sentido que le confiere el cristianismo. Unión hipostática es la unidad de dos naturalezas en una hipóstasis o *persona* (divina). Además de Puta y Esposa, María Inés es también Madre de dos hijos que, al inicio de la novela, hacen su primera comunión con el herético Fray Alberto y son retratados por Esteban. María Inés, y así lo afirma ella misma al doctor Raygadas, ha sido, en algunos momentos —y, como Mujer, en todos—, “tres al mismo tiempo”: Madre, Esposa y Puta, tres personas en una mujer, pero las tres *mujeres*. Ya en *Roberte esta noche*, de Klossowski, Octave supone que Roberte llega a reproducir las rela-

⁴² *Inmaculada*, p. 238.

ciones con tres individuos. De ese modo, son tres imágenes diferentes de ella: las que cada quien se formó de la mujer. Son, entonces, tres personas de Roberte, pero, a diferencia de la Trinidad cristiana, no tienen la misma esencia porque la trinidad de Roberte es exterior, por lo que las tres Roberte son accidentales, lo cual no ocurre con Mariana —María Inés en la *imaginación* de Fray Alberto. Y es que en la vida la hipóstasis no es posible porque ésta negaría el cuerpo de cada persona. “En vida —dice García Ponce parafraseando a Klossowski— la hipóstasis sólo es posible cuando el alma se sale de su cuerpo, lo deja actuar por sí mismo, mediante la posesión o el éxtasis”.⁴³ En cuanto a la triple personalidad de la divinidad, no olvidemos tampoco la hipóstasis de Plotino, conformada por las tres sustancias inteligibles: lo Uno, la Inteligencia y el Alma del Mundo, y para quien el Uno origina *por contemplación* a la segunda hipóstasis (la Inteligencia). Tampoco olvidemos otras trinidades, mucho más antiguas: la *Trimurti* del hinduismo, conformada por tres dioses que son Uno: Creador (*Brahma*), Preservador (*Visnu*) y Destructor (*Siva*), cada uno con su *esencial* aspecto *femenino* o *sakti*, y la todavía mucho más antigua trinidad egipcia, conformada por el sol de la mañana, el del mediodía y el de la tarde, que son *uno solo*: “Yo soy Khepri por la mañana, Ra al mediodía y Atum por la tarde”,⁴⁴ La figura de María Inés (y, virtualmente, de Inmaculada, ya que ésta contrae matrimonio al final de la novela), no deja de ser unión o suma de contrarios que se asocia con la anulación de la identidad para acceder a lo que yo llamaría una totalidad en puntos suspensivos, abierta, ilimitada, indeterminada, donde la ausencia de verdad la simplifica y a su vez aniquila la discontinuidad de la realidad, de la materia. Las personas hipostasiadas han obsesionado a García Ponce, que en uno de sus textos sugiere que esta hipóstasis trinitaria se da también en el mismo acto de la contemplación de la obra artística por parte del artista-espectador de su propio cuadro, en el que él mismo aparece como modelo: “Las tres personas que forman el dios [...] son: el modelo, el espectador que se mira a sí mismo y la artista”.⁴⁵ Al escribir sobre *El Baphomet*, llega a la conclusión de que “Valentine de Saint-Vit, Teresa y Roberte son tres personas distintas y son la misma”.⁴⁶ Lo mismo ocurre con los distintos hombres que apa-

⁴³ *Teología y pornografía*, p. 25.

⁴⁴ Citado por Franco Cimmino, *Vida cotidiana de los egipcios*, Madrid, Edaf, 1991, p. 84.

⁴⁵ “*Imagen y semejanza*, autorretratos de Teresa Zimbrón: una experiencia singular”, *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, 1º de marzo de 1997, p. 6.

⁴⁶ *La errancia sin fin*, pp. 73-74.

recen en la obra de Klossowski porque se ha creado la divinidad de la repetición y del olvido. El Eterno Retorno de lo Mismo es esa totalidad abierta, sin fin, que produce uniones hipostáticas; esa errancia en la que un centro puede aparecer de distintas formas. Leamos con atención un poema gnóstico de los primeros siglos de nuestra era, descubierto en Nag Hammadi. Se titula *Truena, mente perfecta*:

Yo soy la primera y la última. Soy la honrada y la escamecida. Soy la puta y la santa. Soy la esposa y la virgen. Soy (la madre) y la hija [...] Soy aquella cuya boda es grande y no he tomado esposo [...] Soy conocimiento e ignorancia [...] Soy desvergonzada; estoy avergonzada. Soy fuerza y soy temor. Soy necia y soy sabia. Yo no tengo Dios y soy una cuyo Dios es grande.⁴⁷

Este cúmulo de contradicciones, que nos otorga la idea de totalidad alógica, asistemática, abierta, es rasgo de la Mujer (siempre símbolo del Arte y de la vida) en García Ponce. Comparemos *Truena, mente perfecta*, donde se nos otorga la revelación de un poder femenino, de la Mujer como una poderosa metáfora, como un mito, con el siguiente pasaje de *Crónica de la intervención*, en el que también es evidente la revelación de lo femenino:

Mariana, tan inmediata e intocable, tan inocente y culpable, tan disponible y aparte, tan precisa e incierta, tan temporal y fuera del tiempo, tan dueña de su imagen y víctima de su calidad de imagen, tan previsible e inesperada, tan sumisa e independiente, tan solitaria y poderosa, tan débil e indestructible, tan precisa e indefinida, que esa suma de contradicciones crean una perfección única que encierra todo y anula toda posibilidad de sentido.⁴⁸

No hay identidad fija. Lo mismo ocurre con Paloma, en *De anima*, quien posee “ese doble carácter que muestra al mismo tiempo la inocencia y la malicia, la verdad y la mentira, la unión y la separación, la entrega y el despego, nunca he buscado otra cosa que ese doble carácter de la apariencia”. Lo mismo ocurre con Inmaculada, quien llega a arañar a Amulfo de un modo agresivo y quien es comparada desde el principio con un lince. De Beatrice, en *La invitación*, se llega a decir que se ha convertido “en todas las posibilidades”. En el cuento “Descripciones” se dice de María: “En ella lo sensual era espiritual y lo espiritual sensual. La sensualidad y la espiritualidad formaban esa totalidad llamada María con mucho de ángel y mucho de demonio. ¿Pero quién sabe lo que es un ángel o lo que es un demonio en estos tiempos

⁴⁷ Citado por Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, p. 100.

⁴⁸ *Crónica de la intervención*, tomo 1, p. 164.

sin fe?”. Pero incluso ya desde antes, en un texto fechado en 1965, sobre la película *Tajimara*, de Juan José Gurrola (basada en el cuento homónimo de García Ponce), el escritor se refiere a la presencia de una de las actrices, Pixie Hopkin, como una “presencia maravillosa, inocente y culpable al mismo tiempo, llena de misterio y verdad”.

Para Mircea Eliade, la conciliación de los opuestos o la totalización de los fragmentos manifiestan la insatisfacción del hombre por su condición, por sentirse separado. Bataille diría “discontinuo”—de algo, que puede ser un estado atemporal. Para García Ponce el Arte logra esta unidad. La concepción del Ser como *siempre abierta* conciliación de contrarios —de lo mismo y de lo *otro*— es explícita en el *Upanishad* hindú que Octavio Paz cita en *El arco y la lira*:

El pensamiento oriental no ha padecido este horror a lo “otro”, a lo que es y no es al mismo tiempo. El mundo occidental es el del “esto o aquello”; el oriental, el del “esto y aquello”, y aun el de “esto es aquello”. Ya en el más antiguo *Upanishad* se afirma sin reticencias el principio de identidad de contrarios: “Tú eres mujer. Tú eres hombre. Tú eres el muchacho y también la doncella. Tú, como un viejo, te apoyas en un cayado [...] Tú eres el pájaro azul oscuro y el verde de ojos rojos [...] Tú eres las estaciones y los mares”.⁴⁹

La diferencia es que el mundo de García Ponce, como el de Nietzsche y Klossowski, es un mundo donde la vida carece de centro y de dirección definida; mundo “sin fe” que sólo se salva en el Eterno Retorno o en la representación, mientras que los gnósticos, tántricos o adeptos a los *Upanishads*, persiguen fines metafísicos. Esto, sin embargo, no aleja a García Ponce de la religiosidad que implica la contemplación del Arte. Mariana, Paloma e Inmaculada son como la misma vida en su unidad y movimiento perpetuo. La vida es seductora, pero también negativa, contradictoria, cruel. En los tres personajes se asocian la densidad de la materia y el espíritu intangible, la gravedad y la ligereza, la promiscuidad y la pureza, el centro y los contornos; estos últimos representados por aquellos que se comunican con cada una de las tres mujeres para obtener la ilusión de una fugaz perpetuidad en el centro, sin perderse en la crueldad del azaroso movimiento vital. Pero ellas —Mariana, Paloma e Inmaculada—, como centros de atracción, también buscan la eternidad del *placer* donde todo deseo y movimiento que ha conducido hacia él termina por anularse para reiniciarse en el ritual precedido y originado por el recuerdo de ese placer. Hay un contradictorio deseo de cambio e inmovilidad para anular el deseo una

⁴⁹ *Obras completas*, vol. 1, *La casa de la presencia: poesía e historia*, México, Círculo de Lectores/FCE, 1998, p. 117.

vez que éste se ha cumplido, y también, como en las orgías místicas, una constante *sublimación del deseo*.

La anulación de la identidad —pluralidad—, con que ya no se distingue el sujeto del objeto, en la que ya no existe la separación de contrarios porque éstos se hallan fusionados, se convierte en un luminoso placer que nos remite a la edad de oro, al paraíso terrenal, a lo absoluto o a la extinción (Nirvana), pero también al mito del andrógino, ya que en ninguna de las anteriores metáforas hay diferenciación: todo es pureza, unidad, armonía; ni siquiera subsiste el equilibrio de contrarios, puesto que todo se ha reducido al Uno. Un texto atribuido a Simón Mago afirma: “Considerad que el Paraíso es el vientre; porque las Escrituras nos enseñan que ésta es una asunción verdadera cuando dicen: ‘Yo soy El que te formó en el vientre de tu madre’ (Isaías, 44: 2) [...] Moisés [...] empleando una alegoría, había declarado que el Paraíso era el vientre [...] y el Edén, la placenta”.⁵⁰ La palabra “placenta” está etimológicamente relacionada con “placer”. Precisamente en el vientre no existe la diferencia entre el sujeto y el objeto; dicha diferencia se presenta cuando el ser humano toma conciencia de su identidad e individualidad con respecto a la exterioridad, a la *otredad*. La búsqueda de unidad es la búsqueda de totalidad. En el Evangelio de Tomás, Jesús dice a sus discípulos que entrarán al Reino de los Cielos “cuando hagáis de los dos uno, y cuando hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior, y lo de arriba como lo de abajo, y cuando hagáis al hombre y a la mujer una cosa y la misma, de manera que el hombre no sea hombre, y la mujer sea mujer”.⁵¹ En el mismo texto, Jesús dice: “El que beba de mi boca llegará a ser como yo. Yo mismo llegaré a ser él y las cosas que están ocultas le serán reveladas”.⁵² La dualidad indica separación, *división*, y contribuye a reafirmar el *yo* frente al *otro*. Esto llega a ocurrir en el matrimonio, donde la pareja egoísta se pertenece a sí misma y la mujer es sólo mujer para el marido, y viceversa. En el campo del matrimonio hay una disociación con el exterior, cosa que no ocurre con la prostitución, donde esta disociación es anulada y provoca la unidad (la totalidad) con lo exterior. En García Ponce, sin embargo, no existe la unidad como prurito, pues la pluralidad de identidades es propia de la ausencia de un centro implicado en la unidad. La vida es múltiple. Lo múltiple expulsa al concepto de “Uno” para prostituir la identidad en el seno de la inocente impersonalidad.

⁵⁰ Citado por Elaine Pagels, *Los evangelios gnósticos*, p. 96.

⁵¹ Evangelio de Tomás, 22, en Vidal Manzanares, *Los evangelios gnósticos*, p. 68.

⁵² Evangelio de Tomás, 108, en *ibid.*, p. 78.

Con su inocencia, sencillez y prudencia en tanto que *saben* cómo no exponerse ante los “lobos”, sino estar con quienes hallarán el placer; con su disponibilidad sexual y exhibicionismo, con su ausencia de verdad y su alogicidad, los principales personajes femeninos de García Ponce, la Mujer *en sí*, representan en parte lo que la Gran Prostituta para algunas sectas gnósticas libertinas. Digo “en parte” porque el Arte es ausencia de centro, mientras que los gnósticos (y también los tántricos) sí creen en un centro. Mariana, Paloma e Inmaculada pueden ser consideradas como prostitutas “errantes sin fin” por cualquier lector o incluso por ellas mismas. En *Crónica*, Fray Alberto, colocándose en la posición de algún maestro gnóstico, relaciona dicha prostitución con la divinidad como impersonalidad: “Hay una relación secreta entre la prostitución, en tanto disolución de la identidad como respeto por sí mismo, y la divinidad”,⁵³ aseveración que nos renute a las antiguas *hieródulas* o prostitutas sagradas de Babilonia, pero también a una divinidad griega: la abierta y prostituída Afrodita, arquetipo de la belleza que irradia sensualidad. Esta diosa es contraposición y antítesis de la divinidad exclusiva de la institución del matrimonio, que García Ponce hace fracasar continuamente en sus novelas. Tanto en García Ponce como en la tradición gnóstica, el placer sexual aparece sin sus consecuencias, es decir, sin procreación: hay un rechazo del matrimonio o el fracaso contundente de la pareja de esposos. Por ello lo arquetípico en este escritor es lo Abierto y se realiza en la obstinada repetición en el seno del arte, donde se recupera la vida más allá de la temporalidad y de la contingencia: “Sólo lo que es arquetípico—dice García Ponce— nos pertenece desde siempre y se repite una y otra vez para asegurar nuestra continuidad”.⁵⁴

En *Crónica* Fray Alberto reitera su idea de la mujer como la Gran Prostituta, que, por definición, no pertenece a nadie y, por tanto, no está casada con nadie. Esta Gran Prostituta tenía en el principio del cristianismo un importante papel en algunas sectas gnósticas. Esa posibilidad se perdió. Pero el cristianismo y la mujer, la eterna princesa lejana, idéntica a la Gran Prostituta, del amor cortés en los poetas, son las dos grandes creaciones de nuestra civilización. Las dos representan la aparición de la otredad.⁵⁵

En *De anima*, afirma Gilberto: “Para muchos Paloma debe ser simplemente una puta. Lo que también es cierto”.⁵⁶ Paloma, de hecho,

⁵³ *Crónica de la intervención*, tomo II, p. 89.

⁵⁴ *Cruce de caminos*, México, Universidad Veracruzana, 1997, p. 56.

⁵⁵ *Crónica de la intervención*, tomo II, p. 180.

⁵⁶ *De anima*, México, Montesinos, 1984, p. 186.

es una palabra que ha llegado a utilizarse en algunas regiones de España como sinónimo de prostituta.

Los cátaros de la Edad Media le rendían culto a la mujer mediante la sublimación de Eros. Gran influencia tuvieron en la poesía trovadoresca y en el llamado “amor cortés”. La dama era el *motor* del héroe, la que lo impulsaba y le daba sentido a todas sus acciones. El romanticismo supo retomar esta sublimación de Eros, analizada, entre otros autores, por Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*. Pero mucho más asociada con la narrativa de García Ponce —y en particular con los personajes femeninos— es lo que simbolizaba la prostitución para una buena parte de las sectas gnósticas, en las que cada mujer —explica Jacques Lacarrière—

era un pedazo de la Mujer [...] original y cada uno se unía, en el transcurso de las orgías, a la mujer y no a una mujer. Todo está contenido en esta diferencia; si los gnósticos pudieron, a la vez, alabar al sexo y rechazar el amor como un sentimiento, si llegaron a disociar total y radicalmente estos dos terrenos, es porque todo su poder de amor, de fusión, de identificación, estaba dirigido hacia el verdadero Dios, el reino lejano que sólo la mujer podía ayudarles a tocar y a alcanzar con ellos.⁵⁷

Los alcances de la extensa obra de Juan García Ponce, como hemos visto, trascienden el plano formal o estilístico al proponer como prurito el encuentro con una serie de temas universales, de entre los cuales el vínculo de sacralidad y erotismo es fundamental. Pero más allá de esto, la literatura de este autor propone un acercamiento y un rescate a través del conocimiento y la imaginación de propuestas opacadas por el desarrollo de la vida convencional. El gnosticismo libertino, como visión anticonvencional, subyace en buena parte de sus escritos.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

- Barthes, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso*, México, Siglo XXI, 1996.
 Bataille, Georges, *El erotismo*, México, Tusquets, 1997.
 Batis, Huberto, *Estética de lo obsceno*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1989.
 Cimmino, Franco, *Vida cotidiana de los egipcios*, Madrid, Edaf, 1991.
 Couliano, Ioan P., *Experiencias del éxtasis*, prefacio de Mircea Eliade, Barcelona, Paidós, 1994.

⁵⁷ Jacques Lacarrière, *Los gnósticos*, México, Premià, 1982, p. 77.

- Doresse, Jean, *Les livres secrets des gnostiques d'Égypte*, Monaco, Éditions du Rocher, 1984.
- Driben, Leila, y Dominique Legrand, "Juan García Ponce: 'soy la tautología viviente'", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno* (México), 8 de mayo de 1982, pp. 10 y 11.
- García Ponce, Juan, *Crónica de la intervención*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (*Lecturas Mexicanas*), 2 vols.
- , *De anima*, México, Montesinos, 1984.
- , *Inmaculada o los placeres de la inocencia*, México, FCE, 1995.
- , *La invitación*, México, Joaquín Mortiz, 1972.
- , *Novelas breves*, México, Alfaguara, 1996.
- , *Cuentos completos*, México, Seix Barral, 1997.
- , *Teología y pornografía. Pierre Klossowski en su obra: una descripción*, México, Era, 1975, p. 113.
- , *La errancia sin fin: Musil, Borges, Klossowski*, Barcelona, Anagrama, 1981.
- , *Las huellas de la voz*, México, Coma, 1982.
- , *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, México, Ediciones del Equilibrista, 1987.
- , *Imágenes y visiones*, México, Vuelta, 1988.
- Ribal, María Cristina, "A firma el escritor Juan García Ponce: todos mis personajes son perversos, porque me parecen más divertidos que los normales" (entrevista), *Unomásuno* (México), 5 de marzo de 1988, p. 27.
- Eliade, Mircea, *Mefistófeles y el andrógino*, Madrid, Guadarrama, 1969.
- Heidegger, Martin, *Arte y poesía*, México, FCE, 1997.
- Klossowski, Pierre, *La vocación suspendida*, México, Era, 1975.
- , *Roberte esta noche*, México, Era, 1976.
- , *El Baphomet*, Valencia, Pre-Textos, 1980.
- Lacarrière, Jacques, *Los gnósticos*, México, Premià, 1982.
- Nelli, René, *Los cátaros: ¿herejía o democracia?*, México, Martínez Roca, 1989.
- Pagels, Elaine, *Los evangelios gnósticos*, México, Crítica, 1988.
- Paz, Octavio, *Obras completas*, vol. 1: *La casa de la presencia, Poesía e historia*, México, Circulo de Lectores-FCE, 1998.
- Vidal Manzanares, César, *Los evangelios gnósticos*, México, Roca, 1992.